



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

UN DOMINGO EN EL CAMPO

PIERRE BOST

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

A Nelly Detœuf

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2018

TÍTULO ORIGINAL: *Monsieur L'admiral va bientôt mourir*

© Éditions Gallimard, 1945

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2018

© Errata naturae editores, 2018

C/ Doctor Fourquet, 11

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-58-5

DEPÓSITO LEGAL: M-3444-2018

CÓDIGO BIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: Maxfield Frederick Parrish /

Private Collection Photo /© Christie's Images / Bridgeman Images

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Cuando el señor Ladmira! se quejaba de estar envejeciendo lo hacía mirando muy fijamente a su interlocutor, y en un tono provocador que parecía invitar a que lo contradijeran. Quienes no lo conocían bien lo malinterpretaban y respondían educadamente, como se hace siempre, que menuda ocurrencia, que el señor Ladmira! estaba como un roble y que los enterraría a todos. Entonces el señor Ladmira! se enfadaba y se remitía a las pruebas: ya no podía trabajar a la luz de la lámpara, se levantaba hasta cuatro veces por las noches, se le quedaban los riñones molidos cada vez que serraba madera y, para colmo, y esto nadie podía rebatírse!o, tenía más de setenta años. Este último argumento, destinado a cerrarles el pico a los más optimistas, cumplía su función tanto mejor cuanto que el señor Ladmira! no sólo era septuagenario, sino que tenía bien cumplidos los setenta y seis. Más valía, por tanto, no intentar contradecirlo cuando se quejaba de estar envejeciendo. Además, ¿por qué negarle sus últimos placeres? Lo atormentaba envejecer, pero quejarse le producía algo de consuelo. En efecto, el señor Ladmira! estaba envejeciendo mucho, y cada vez más deprisa. La vejez es una pendiente muy suave, pero incluso al final de

una pendiente muy suave acaban los guijarros por deslizarse terriblemente rápido.

Convenía, obviamente, guardarse de abundar con excesiva efusión en la opinión del señor Ladmiraal. Se reservaba a él solo el derecho de decir que envejecía y, en realidad, ponía todo su empeño, aunque en vano, en intentar ocultar tan dolorosa verdad, dolorosa sobre todo para él, y que, por lo demás, sólo se ocultaba a sí mismo. ¡Y, aun así, a costa de cuántas mentiras! Cuando abandonó París, diez años antes, para irse a vivir a Saint-Ange-des-Bois, el señor Ladmiraal había hecho saber, con el fin de ufanarse de la casa que compraba, que ésta quedaba a ocho minutos de la estación. Por aquel entonces era casi cierto. Más adelante, a medida que el señor Ladmiraal envejecía, la casa había quedado a diez minutos de la estación, después a un cuarto de hora. El señor Ladmiraal había tardado mucho en constatar este fenómeno, jamás había sabido explicárselo y, para ser justos, nunca lo había admitido. Lógicamente, seguía viviendo a ocho minutos de la estación, hecho que no le simplificaba las cosas; había que jugar con los péndulos, hacer cálculos falsos, fingir que el reloj de la estación iba adelantado o que la hora del tren había sido maliciosamente alterada; en los tiempos en que aún iba a París, el señor Ladmiraal había llegado a perder trenes, heroicamente, con tal de que no se dijera que vivía a más de ocho minutos de la estación.

—Reconozco —decía en días de sinceridad— que camino un poco más despacio que antes, pero jamás me convencerán de que en menos de diez años (hacía algo

más de diez años) este camino se ha alargado diez minutos.

El señor Ladmiraal vivía con una sirvienta, Mercédès, que con extrema cortesía e indefectible seguridad replicaba siempre con las palabras más desagradables.

—Hace usted muy mal —le decía— en no darse cuenta de que ahora va como las tortugas. Pero si así está satisfecho, no seré yo quien le busque las cosquillas. Mi madre es igualita a usted, es cosa de la gente mayor.

El señor Ladmiraal aceptaba esa clase de insolencia deferente con una bellísima resignación. Había comprendido hacía mucho tiempo que Mercédès le resultaba imprescindible en su soledad y que no había que irritarla, pues era más tonta que Abundio y más mala que la quina. Al primer incidente un poco acalorado, aseguraba él, Mercédès se marcharía dando un portazo. Eso era mentira, y el señor Ladmiraal lo sabía muy bien. Mercédès no tenía ningún interés en abandonar un puesto tan bueno, y sentía aprecio por su viejo señor. Pero éste alimentaba con celo el falso temor de verse abandonado, recuerdo último que le quedaba quizá de unas relaciones normales con las mujeres.

Mercédès, como todas las mujeres, se cuidaba muy mucho de abusar de la situación; sacaba provecho de ella, y con eso era suficiente.

Cuando renacía la discusión sobre el tema de la estación y los ocho minutos, Mercédès también decía:

—Mientras no ande hacia atrás, como los cangrejos, tendrá la oportunidad de coger el tren.

—Para empezar —rechinaba el señor Ladmira!—, los cangrejos no andan hacia atrás.

—Puede ser —concedía Mercédès—; usted sabe mucho más que yo, pero me ha entendido perfectamente.

Al señor Ladmira! le enfurecía renunciar tan pronto a una riña que comenzaba tan bien. Pero con Mercédès siempre era así. Apenas una o dos réplicas zanjaban el debate, y la discusión fracasaba. Ora el propio señor Ladmira! se mordía la lengua, desistía de continuar porque no era digno de él enzarzarse con los suyos, ora Mercédès, las más de las veces, cortaba por lo sano con una de esas réplicas que desestiman la disputa. Su mujer había acostumbrado al señor Ladmira!, tiempo atrás, a una técnica de la discusión muy erudita y precisa: minuciosa, exhaustiva, casi opulenta a fuerza de hallazgos y ornamentación; un arte de la riña un tanto anticuado quizá, pero señorial, cuidado, y no exento de estilo. Ninguno de sus hijos había heredado el don materno, y el señor Ladmira!, al enviudar, se había sentido muy solo. Mercédès tampoco estaba a la altura, y el señor Ladmira!, ante tan deficiente compañera, se sentía vencido incluso en las victorias. Cuando Mercédès ponía fin a un debate bien encaminado, él se quedaba disgustado, nervioso, irritable, con la garganta atestada de argumentos, quejas y simples discursos, que se apretujaban, se atropellaban, sin conseguir salir ni entrar, como una muchedumbre que se niega a circular, y que lo asfixiaban.

—Le recuerdo que don Édouard y señora llegan en el tren de las diez cincuenta —repuso Mercédès esa mañana. Era domingo.

—¡Pues muy bien! —exclamó el señor Ladmira!—. Saldré a menos veinte —concluyó en un tono más seco—. Y añadido que don Édouard se llama en realidad Gonzague, lo cual le da un aire muy distinto.

El hijo del señor Ladmira! se llamaba, en efecto, Gonzague. Pero, cuando se casó, a su mujer le dio miedo aquel nombre y se quedó con el segundo, Édouard, que le parecía más tranquilizador. El señor Ladmira! nunca había visto con buenos ojos aquel segundo bautismo.

—Gonzague o no —respondió Mercédès—, esas personas llegan en el de las diez cincuenta. —Y añadió—: ¡No se moleste usted!

La escena transcurría en la cocina. El señor Ladmira!, que acababa de levantarse, llevaba un pijama de anchas rayas verdes. Las perneras del pantalón, remangadas por encima de las rodillas, dejaban al descubierto dos piernas flacas, y los pies desnudos calzaban unos gruesos zapatos de paseo sin atar. El señor Ladmira!, con un pie apoyado en un taburete, se lustraba los zapatos cuando Mercédès le rogó que no se molestara y se apoderó del taburete. Sin soltar el cepillo, el señor Ladmira! hubo de atravesar la cocina a la pata coja para ir a posar el pie un poco más lejos, en el borde del fregadero. Acto seguido, Mercédès tuvo que usar el fregadero y se le acercó.

—No se moleste usted —repitió, persiguiendo un poco más al señor Ladmira!.

Parecía que Mercédès iba y venía al azar por toda la estancia. En realidad, su itinerario estaba planteado de tal modo que pasaba exactamente, segundo a segundo, por

el punto donde acababa de instalarse el señor Ladmira, que continuaba a la pata coja, doblado por la cintura y frotando el zapato.

Mercédès, de persecución en persecución, echó por fin a su señor de la cocina. Era una cocina grande de campo, muy limpia y bien equipada, donde Mercédès prefería estar sola, como está mandado. El señor Ladmira, por su parte, volvió al cuarto de baño. Así llamaba, no sin cierta razón aparente, a un cuarto alicatado y esmaltado, guarnecido con una bañera y un calentador. Pero el señor Ladmira nunca se bañaba; había vivido la infancia, luego la juventud, y luego la edad madura, en una época y unas viviendas donde el baño se consideraba un lujo, y podía constatar que aquello no había sido óbice para alcanzar una edad considerable sin mantenerse peor que cualquiera ni, sobre todo, decía, sin estar menos aseado. Prescindió de los baños igual que lucía su barba, de manera natural y desde siempre.

Abandonada ya la cocina, de donde Mercédès lo había expulsado, el señor Ladmira empezó por quitarse los zapatos. Se los calzaba cada mañana en los pies desnudos para lustrarlos, luego se los quitaba y les colocaba de nuevo las hormas mientras se aseaba. Sus hijos le tomaban el pelo a costa de aquella manía, pero a él no le dolían prendas en responderles que cada uno tiene las suyas, que ya era demasiado tarde para cambiar, y que su pobre madre ya había perdido el tiempo queriendo curarlo de aquella costumbre y que, incluso, la pobre mujer había sufrido lo suyo durante treinta años. Por lo demás, había que ser jus-

tos, ella había tenido la manía de verter en la taza del desayuno la leche antes que el café; una costumbre adquirida en el internado que jamás había podido (¿o quizá querido?) evitar. Y a él aquello lo ponía malo; nadie se explica por qué: hay cosas que no conseguimos superar. Había días en los que se las apañaba para no desayunar con su mujer, apostaba, con tal de no presenciar aquello.

—Lo cual demuestra —apostillaba el señor Ladmira— que es posible entenderse cuando se trata de pequeños detalles. Si la gente no lo sospecha es porque no sabe ver las cosas con perspectiva.

El señor Ladmira citaba con mucho gusto ante sus hijos otros ejemplos de ese tipo. Sus dos hijos. Otro problema... Los problemas se resuelven siempre; la pena es tener que plantearlos... Sus dos hijos... Sin hacerse muchas preguntas, el señor Ladmira había llegado sin embargo a preguntarse si su hijo Gonzague y su hija Irène todavía se llevaban bien. Para él, «llevarse bien», entre miembros de la misma familia, era más que un deber: era una función natural. Lo contrario apenas si le parecía concebible. También, para no tener que poner en duda la perfecta unión entre un hermano y una hermana, el anciano padre la deseaba con fuerza, públicamente, en cualquier ocasión que se le presentara. Y por eso gustaba de invocar ejemplos que, de tanto usarlos como prueba, para él habían llegado a sustituir los hechos. Con todo, rara vez los citaba delante de sus dos hijos reunidos, pues no solían presentarse juntos en Saint-Ange-des-Bois. A decir verdad, Irène casi nunca se prodigaba; su última visita había sido hacía dos

meses; sí... por lo menos; quizá más. Todavía hacía frío: por la noche se había encendido la chimenea en su cuarto (Irène había dormido allí, algo muy poco habitual). Fue durante la helada de abril. «¡Qué tonto soy!», pensó el señor Ladmiraal. «¡Fue el lunes de Pascua cuando vino! Sí, hace casi tres meses...». Gonzague, por su parte, acudía fielmente cada domingo, o casi, con su mujer y sus tres hijos. Y siempre en el tren de las diez cincuenta, como aquella mañana. El señor Ladmiraal frunció el ceño, un tanto irritado, como si alguien acabara de decirle que otra vez llegaría tarde a la estación. Y no se dio prisa adrede.

El señor Ladmiraal se aseaba con esmero, a torso descubierto. Era flaco, aunque no siempre lo había sido, si bien la piel se había vuelto demasiado abundante y del pecho le colgaban dos especies de senos flácidos, caídos, curvos, recortados como el perfil de dos barquitos a ambos lados de un vellón blanco; encorvados los hombros, vigorosos los brazos, la piel color perla tenía unas pocas manchas de óxido.

Y ahora el señor Ladmiraal se inclina hacia delante y se mira fijamente al espejo, inquisidor, con la mano posada horizontalmente en el costado. Y sonrío. Ha sentido el latido del corazón, ni rápido, ni lento, regular, en su sitio, donde siempre. Cada mañana, el señor Ladmiraal ejecuta ese gesto, como un viajero que, al despertar, comprueba que no ha extraviado el billete. En otra época, el señor Ladmiraal controlaba así diversas partes de su cuerpo. Ahora sólo se ocupa del corazón.

Pero basta ya de esta desnudez decrepita. Más vale centrarse en el rostro. No porque sea muy notable, pero

no resulta desagradable. Destaca en primer lugar, y sobre todo lo demás, una barba blanca en abanico, con las crines muy rectas, dura y espesa como un cepillo y que se come toda la parte baja de la cara. En reposo, no se ve la boca; y sólo cuando el señor Ladmiraal habla se ve el despertar de los labios, carnosos y colorados, moviéndose muy deprisa al fondo del matorral blanco, como un pequeño molusco repentinamente asustado por la luz. Dos ojos negros, pequeños, hundidos; hay que conocer bien al señor Ladmiraal para saber que sus ojos son muy agudos; son tan penetrantes, sagaces, tan cargados de miradas están, que en un primer momento parecen inquietos y rápidos. Rostro vivo, iluminado, que lanza flechas, a veces incluso un poco loco. Cabeza redonda, pómulos marcados. Por encima del conjunto, un pelo blanco, alborotado, tan bien dispuesto en corona en torno al cráneo que, visto de frente, el señor Ladmiraal parece provisto de una hermosa melena, mientras que de espaldas está maravillosamente calvo.

El señor Ladmiraal ha acabado de asearse y ya está vestido. En día laborable o en domingo, lleva más de cincuenta años usando el mismo traje de pana negra, pantalón ceñido a la altura de los tobillos y camisa de corte recto abotonada hasta el cuello, de la que pende una corbata. Dentro de un momento, cuando salga para la estación, el señor Ladmiraal se pondrá su sombrero de paño negro con las alas cortas levantadas como un canalón y se asemejará del todo a lo que ha sido y a lo que todavía es, o sea, a lo que en 1890 solía llamarse un pintor.